

# EL NORTE VERDE Y SU PREHISTORIA LA TIERRA DONDE EL DESIERTO FLORECE

Francisco Gallardo Ibáñez

## Cazadores de megafauna

Al concluir el Pleistoceno, que es una era geológica anterior a la nuestra, el clima de esta región nortina había variado desde un régimen frío y lluvioso a otro de aridez semejante al que impera en la actualidad. Los especialistas creen que este cambio estimuló la concentración de la fauna y vegetación alrededor de ambientes privilegiados, como lagunas, esteros o áreas especialmente húmedas como el actual parque Fray Jorge en los Altos de Talinay (IV Región), un bosque de tipo valdiviano que aún se conserva gracias a la condensación de las neblinas costeras. En estas condiciones ambientales, unos 11 mil años atrás, rebaños de megafauna, como mastodontes, caballos americanos, ciervos de los pantanos, milodones y paleolamas, abrevaban en las riberas de un estero al sur de la localidad de Los Vilos. Allí fueron presas fáciles de animales carnívoros y probablemente del hombre, que por esa época iniciaba la colonización del territorio, en una avanzada procedente desde regiones septentrionales. Se trataba de grupos de cazadores especializados que se desplazaban por estas regiones tras la captura de grandes mamíferos hoy desaparecidos. Las excavaciones arqueológicas en la estrecha quebrada de Quereo, revelaron la presencia de cientos de huesos de estos y otros animales. Es probable que estos restos sean el resultado de la acción de depredadores, quienes en su continuo accionar permitieron la formación de un depósito de huesos, donde los hombres pudieron obtener materias primas para sus instrumentos de hueso e incluso efectuar labores de carroñeo en animales muertos horas o días antes.

Los cazadores-recolectores del Holoceno

(8000

a.C.

300

a.C.)

Si las postrimerías del Pleistoceno estuvieron caracterizadas por un ambiente natural poblado por grandes mamíferos hoy extinguidos, el Holoceno o período actual inauguró condiciones naturales muy similares a las que imperan en la actualidad. Una de las primeras ocupaciones humanas de esta fase prehistórica fue descubierta en un amplio refugio natural localizado en el valle del río Hurtado, no lejos del pueblo de Pichasca (IV Región). Hace aproximadamente 10 mil años, un grupo de nativos vivió en el lugar durante los meses de primavera y verano. El ambiente pre-cordillerano de la zona favorecía la caza de guanacos y la recolección de semillas silvestres comestibles.

Al interior de este abrigo rocoso, familias de cazadores se reunían junto al fuego para alimentarse. La ocasión se prestaba también para trabajar el cuero de los animales capturados y manufacturar los instrumentos de piedra que se necesitaban para la caza y el faenamiento de los animales. Estas y otras actividades permitieron la acumulación de basuras, entre las que se cuentan puntas de proyectil alargadas, cuchillos y raspadores de piedra, fragmentos de cestería, huesos de animales y artefactos para la molienda de semillas silvestres.

El hallazgo de conchas del Pacífico en este sitio y otros dispersos por la región, hace pensar que estos antiguos grupos familiares se desplazaban por el valle hacia la costa, hábitat en el que pudieron obtener alimentos durante la estación invernal, época poco propicia para vivir tierra adentro.

La costa ofrecía durante todo el año una variedad de recursos que, secados o ahumados, podían ser almacenados, proporcionando una estabilidad económica no comparable con la explotación de otros ambientes. En Huentelauquén, junto a la desembocadura del río Choapa, es posible observar hoy en día los restos arqueológicos de estos milenarios asentamientos. Aquí, los nativos elaboraban grandes puntas de piedra con las que cazaban lobos marinos, y diversos otros

instrumentos cortantes con los que trozaban estos animales. Atrapaban también aves y recolectaban erizos, lapas, locos, chitones, machas, almejas, navajuelas y ostiones, entre muchas otras especies del mar. Finalmente, recogían las semillas de pastos de primavera y con ellas hacían harinas en sus instrumentos de molienda. Unos de los aspectos más sobresalientes en los sitios de Huentelauquén, son unos objetos de piedra de forma triangular, poligonal o circular dentados. La función de estos exóticos artefactos es un enigma y, por el momento, no existe una respuesta convincente sobre su uso. Sabemos, sin embargo, que estos objetos se han encontrado en varios otros sitios, desde la región de Antofagasta hasta Los Vilos, sugiriendo una amplia circulación de quienes los produjeron a lo largo del litoral chileno.

Entre el segundo y primer milenio antes de nuestra era, las comunidades de cazadores-recolectores del Norte Chico o Norte Verde habían logrado desarrollar un estilo de vida especializado en la explotación de los recursos del mar. En el litoral de Coquimbo se han descubierto numerosos basurales localizados en los alrededores de lagunas costeras. Predominan en ellos conchas, huesos y artefactos de piedra. Por lo general, se encuentran en las inmediaciones de "piedras tacitas" --rocas con múltiples cavidades-- que pudieron servir para moler vegetales y pigmentos. Unos de los sitios más extensos se encuentra en Punta Teatinos, al norte de la bahía de Coquimbo. Allí habitaron pescadores de aspecto robusto y baja estatura, con una tecnología bien adaptada al ambiente marítimo. En el lugar, bajo una densa capa de basuras domésticas, aquellas antiguas familias de pescadores enterraron a sus muertos cubriéndolos con grandes piedras.

Los primeros agricultores y pastores:  
Cultura El Molle (300 a.C. - 700 d.C.)

Algunos cientos de años antes de nuestra era, las comunidades del desierto semiárido incorporan nuevas tecnologías productivas. Conocen la agricultura, pastorean camélidos domésticos y mantienen intercambios con poblaciones del

Desierto de Atacama y el noroeste argentino. Es en esta época cuando dejan de depender exclusivamente de la caza y la recolección, que habían predominado en el período anterior.

Los asentamientos de la gente de El Molle se distribuían principalmente en los valles, los interfluvios y el litoral. Desde el río Copiapó hasta el Choapa, los numerosos sitios arqueológicos sugieren la presencia de grupos humanos de gran movilidad. Probablemente, esta flexible pauta de ocupación fue el resultado del manejo de ganado camélido. En verano, los rebaños debían ser trasladados desde los valles bajos hasta la cordillera, lo que permitía el acceso a los abundantes pastizales de altura. Estos circuitos de movilidad debieron girar en torno a las diversas aldeas del período, que en Carrizalillo Chico (interior de Copiapó) y La Centinela (cuenca del río Limarí) contienen hasta 100 recintos habitacionales, mostrando con ello un grado de sedentarismo no comparable con el período precedente. Más aún, en los alrededores de estos núcleos residenciales, esta gente desarrolló una agricultura del maíz, el poroto y el zapallo, para lo cual debieron preparar la tierra y canalizar el agua de riego.

Estos primeros campesinos prehispánicos son también los primeros ceramistas en la historia del Norte Chico. Su alfarería fue dada a conocer por primera vez para la ciencia en la década del treinta. Se encontró en varios cementerios vecinos al pequeño pueblo de El Molle, en el valle del río Elqui. Las sepulturas se reconocían en superficie por un ruedo de piedras. Bajo estas señalizaciones, se encontraban los restos del difunto junto a cerámica finamente elaborada y otros tantos objetos.

Los vasos y jarros recobrados muestran superficies extraordinariamente pulidas y en ocasiones se observan delicadas decoraciones incisas. Algunos de los más bellos ejemplares imitan la forma de animales y calabazas.

Entre los otros artefactos recuperados en las excavaciones arqueológicas, llama la atención un adorno labial llamado tembetá. Este es un objeto cilíndrico que se

inserta bajo el labio inferior mediante una perforación. Se recuperaron también pipas de piedra en forma de letra "T" invertida, con las que los indígenas fumaban algún vegetal con propiedades alucinógenas. Finalmente, se hallaron adornos e instrumentos de cobre que testifican conocimientos metalúrgicos.

Este período prehistórico se caracteriza por su diversidad cultural. Las diferentes formas de sepultación, la variabilidad alfarera y los distintos tipos de tembetás detectados en la región, hacen sospechar que, pese a una raíz cultural común, cada valle tuvo su propia identidad.

Por ejemplo, en el río Hurtado --uno de los afluentes del Limarí-- los indígenas eran sepultados con una tierra fina y luego cubiertos por varias capas de piedras. La cerámica asociada a estos entierros se caracteriza por vasos altos, decorados con diseños rojos sobre fondo blanco y jarros de dos golletes unidos por un asa- puente. Este tipo de hallazgo contrasta poderosamente con las sepulturas en montículos o túmulos y los toscos jarros globulares de base apuntada, descubiertos más al norte, en el valle del río Copiapó.

Esta diversidad cultural se observa también en los estilos de arte rupestre que los arqueólogos asignan a la cultura El Molle. En el cerro La Silla, al norte de la región, es común ver diseños grabados sobre rocas que representan a figuras humanas guiando, mediante una cuerda, rebaños de animales que son interpretados como camélidos domésticos. En cambio, más al sur, en la quebrada El Encanto, es notable la regularidad en la confección de rostros algo desfigurados y en cuyas cabezas se aprecian diferentes diseños que semejan complejos gorros o peinados.

La consolidación agrícola y pastoril:  
Cultura Las Animas (700-1000 d.C.)

En los últimos tres siglos del primer milenio de nuestra era, las poblaciones del

Norte Chico incorporan un conjunto de nuevas pautas culturales. El estilo de vida de la gente de Las Animas presenta una serie de drásticos cambios en relación al de los primeros agropastores y ceramistas de la cultura El Molle.

Estas comunidades habitaban de preferencia los valles y el litoral. Poseían una producción económica múltiple que conservaba los anteriores patrones de movilidad estacional. Cultivaban el maíz, mantenían rebaños de llamas, recolectaban los frutos del algarrobo y el chañar, y explotaban activamente los recursos que proveía el mar.

Los campesinos prehistóricos que dan vida a este momento, hilaban el suave pelo de sus camélidos domésticos, probablemente llamas. Con su lana confeccionaban diversas prendas de su vestuario. Al igual que sus antecesores de El Molle, las poblaciones de Las Animas eran hábiles metalurgistas. Aros, placas y brazaletes adornaban sus cuerpos.

La fina y variada alfarería El Molle es reemplazada por escudillas y platos de paredes altas, que en algunos casos exhiben decoraciones negras sobre un fondo rojo, anaranjado o blanco. En el campo de las comparaciones, es notorio el abandono de la costumbre de llevar tembetás como adorno sublabial. Todo en este período se presenta diferente.

Este proceso de cambio pudo ser el resultado de las intensas relaciones culturales de estas poblaciones con aquellas que habitaban las regiones vecinas. Muchos de los atributos culturales de este momento sobrepasan las fronteras del Norte Chico. De hecho, hoy es claro que poblaciones transandinas de la Cultura Aguada, ampliaron su radio de acción, extendiendo su influencia hasta el valle de Copiapó, donde dejaron su cerámica tanto en sitios habitacionales y cementerios, como en los yacimientos La Puerta y Tres Puentes.

Otro ejemplo de cambio es el reemplazo de la pipa, como instrumento para el

consumo ritual de alucinógenos, por recipientes de madera asociados a tubos para aspirar polvos psicoactivos. Se trata de artefactos muy populares entre las comunidades precolombinas del altiplano boliviano, el Desierto de Atacama y el noroeste argentino.

La integración entre comunidades de tan distintas regiones permitió el desarrollo de este complejo cultural, y repercutió profundamente sobre las formas sagradas de percibir la vida y la muerte. Investigaciones arqueológicas realizadas en las inmediaciones de la plaza de Coquimbo, han mostrado un novedoso ritual funerario. Aparentemente, la actividad ganadera estuvo estrechamente ligada a concepciones religiosas, pues la casi totalidad de los individuos sepultados en ese lugar estaban acompañados de una o más llamas, las que aparentemente fueron sacrificadas en el momento mismo de la inhumación.

Los Señores del Norte Verde:  
Cultura Diaguita (1000-1536 d.C.)

Las comunidades de esta nueva época en el desarrollo cultural del Norte Chico habitan el litoral, los valles y la cordillera. La identidad de la cultura Diaguita tiene sus raíces en la cultura Las Animas. De hecho, durante los primeros siglos, la cultural material Diaguita se diferencia poco de los estilos predominantes en los momentos finales de su antecesora.

Las familias Diaguitas vivían en pequeñas aldeas formadas por sencillas chozas de barro, madera y paja. Los miembros de estas unidades domésticas desarrollaban una intensa producción de alimentos merced a la agricultura y la ganadería de camélidos. Sin embargo, estas actividades no les impidieron continuar con la tradicional recolección de frutos silvestres y la caza de mamíferos y aves.

El riego mediante canales permitía cultivos de alto rendimiento. En las chacras

Diaguitas se cosechaba abundante maíz, quinoa, papas, porotos y zapallos. Productos como éstos rara vez faltaron en el hogar del campesino, quien también cultivaba el algodón para confeccionar textiles.

El pastoreo de camélidos fue una tarea paralela que consumía parte del tiempo de las familias del Norte Verde. Casi todo el año los animales eran alimentados en los pastizales cercanos a los valles. Pero al acercarse el verano y retroceder la línea de nieves, los rebaños eran trasladados hasta los ricos pastos cordilleranos. Durante el día, debió ser frecuente ver a los pastores hilar la lana mientras cuidaban sus animales.

La actividad pastoril proveía una fuente permanente de carne, que, secada al sol, les permitía hacer charqui, una ventajosa conserva prehistórica. A través de ella obtenían también lana para la confección de prendas de vestir y huesos para la manufactura de utensilios de uso diario. Por último, algunos de sus animales servían para transportar cargas livianas.

Como en épocas anteriores, la costa semidesértica de la región --desde Taltal hasta el río Choapa-- fue objeto de una explotación muy especializada. Mamíferos marinos, peces y una variedad de fauna del litoral fueron incorporados en la dieta Diaguita. Existen pruebas de que estos prehistóricos pescadores artesanales utilizaron para sus faenas de pesca balsas hechas de cueros de lobo marino inflados. Se trataba de embarcaciones resistentes y bien adaptadas al oleaje y corrientes marinas. Con ellas se internaban mar adentro, donde arponeaban atunes y ballenas.

La cerámica fabricada por los alfareros Diaguitas constituye un verdadero tesoro artístico. Jarros, platos y urnas muestran delicadas decoraciones negras y rojas sobre fondo blanco, muchas de las cuales están decoradas con figuras de personajes ricamente ataviados, aves, felinos y camélidos. Casi la totalidad de estos objetos formaba parte del ajuar funerario de los numerosos cementerios



encontrados en la región.

Las sepulturas más comunes del período eran construidas mediante cinco grandes lajas, las cuales formaban una verdadera caja rectangular, con su correspondiente tapa. En el interior, se depositaba al difunto junto con sus ropas, vajilla de cerámica, instrumentos musicales y otros utensilios. Entre estos últimos destacan aros, hachas, pinzas y cinceles de cobre, así como espátulas y cucharas de hueso finamente talladas con figuras de hombres y animales.

Epoca de conquistas

A fines del siglo XV, la apacible vida campesina de la sociedad Diaguita fue violentamente interrumpida. Desde entonces, vivieron bajo el dominio del Imperio de los Incas.

Las fuentes históricas señalan que las tropas de Tupac Inca Yupanqui penetraron en la región conquistando cada uno de los valles en diferentes campañas. Primero cayeron los naturales de Copiapó, donde el Inca estableció una avanzada procedente del altiplano boliviano. Más tarde fueron sometidos los habitantes de Huasco, Elqui y Limarí. Hacia el año 1490, el Inca controlaba toda la región. Esto es evidente, si consideramos que al interior del valle de Copiapó los incas levantaron un ushnu, que es una plata-forma ceremonial en la que se sentaba el Inca u otro alto dignatario estatal para ejercer justicia, y que, de acuerdo a los documentos coloniales, habría servido también como un hito fronterizo del imperio.

Los intereses del conquistador quechua por el Norte Chico fueron múltiples. La fuerza de trabajo local, sus productos agrícolas, sus lanas y tejidos pasaron a engrosar las arcas imperiales. Uno de sus principales objetivos, sin embargo, fue asegurar el acceso a los recursos minerales. Bajo la administración de los incas se explotaron intensamente minas de oro, plata, cobre y piedras semipreciosas. Un ejemplo de ello es el mineral de El Salvador, cuyas faenas extractivas remontan a

este

período.

Las actividades mineras estuvieron relacionadas con la elaboración de metales, tal como lo demuestra el centro metalúrgico de Viña del Cerro, al interior del Valle de Copiapó. Allí, el mineral era sometido a altas temperaturas, mediante el uso de hornos abiertos, conocidos como "huairas". El metal fundido era luego vertido en crisoles y finalmente vaciado en moldes.

En un corto período de tiempo las poblaciones del Norte Chico pasaron a formar parte del orden incaico. Con ello, no sólo incorporaron nuevas prácticas culturales, sino también fueron absorbidos por la política colonial del imperio. Existen evidencias del desplazamiento de poblaciones Diaguitas hasta el corazón mismo de Chile Central. En el cerro La Cruz, en la ribera norte del curso medio del río Aconcagua, se ha localizado un sitio habitacional relacionado con actividades metalúrgicas, que presenta alfarería típica del período Diaguita-Inca.

Las ofrendas hechas en el ritual funerario también presentan modificaciones respecto al período anterior. En esta época es usual encontrar piezas de cerámica que combinan patrones propios del Diaguita tradicional con formas y diseños incas. Con todo, aunque los artesanos locales produjeron nuevas formas alfareras, no perdieron su identidad cultural.

Aparte de la fuerza política y militar del conquistador quechua, su religiosidad también ejerció influencia sobre la gente de la región. En las altas cumbres de los volcanes Copiapó y Jotabeche (III Región) y los cerros Doña Ana y Las Tórtolas (IV Región), se han encontrado restos de santuarios incaicos donde se adoraba y rendía tributo a Inti, el Sol. En el transcurso del ritual eran depositadas figurillas de plata y concha, ricamente vestidas y de evidente factura inca.

Cuando los españoles llegaron al Norte Chico, la población indígena de la región se distribuía culturalmente de acuerdo a los valles en que habitaba. Las crónicas

mencionan cuatro diferentes lenguas, una para cada valle: Copiapó, Huasco, Elqui  
y Limarí.

Al igual que en todo el Imperio Inca, las tierras de cultivo estaban bajo el control estatal. El trabajo agrícola se desempeñaba colectivamente y la producción era repartida entre la unidades familiares, el jefe o principal, el culto, el Inca, la viudas y huérfanos. Políticamente, cada valle estaba dividido en dos sectores: el alto y el bajo o costero. Cada uno tenía su jefe principal, quien gozaba de privilegios económicos y podía consumir casamientos múltiples hasta con 12 mujeres.

En esta época, el Norte Chico aparecía ante el observador como un universo social emergente y pleno de actividad. Sin embargo, los pueblos nativos decayeron rápidamente bajo la encomienda española, para desaparecer en poco tiempo. De su magnífica historia precolombina, sólo quedaron los restos, un patrimonio arqueológico y cultural al que debemos respeto y admiración.

AGRADECIMIENTOS Compromete mi gratitud el arqueólogo Gastón Castillo, investigador del Museo Arqueológico de la Serena, quien generosamente puso a mi disposición manuscritos inéditos. Tales conceptos los hago extensivos a la arqueóloga Catherine Westfall, quién me instruyó acerca de los avances relativos a la cultura Huentelauquén.

BALSAS DE CUERO DE LOBOS MARINOS

Entre los muchos acontecimientos de la prehistoria del Norte Chico o Norte Verde, hay uno que sorprende por su magnitud territorial. Desde muy temprano, quizás desde el período de la cultura Huentelauquén (10 mil años antes del presente) hasta la época de la cultura Diaguita (1000 d.C.), los restos arqueológicos de estos pueblos se han encontrado distribuidos sobre un extenso segmento del litoral. Tal distribución es prueba indirecta de un intenso tráfico marítimo, que sin duda debió ser efectuado mediante algún tipo de embarcación.

Por fortuna, la navegación prehistórica es un tema del que poseemos abundante información. En El Médano, una quebrada de la cordillera de la costa, a unos 40 km al norte de Taltal, los indígenas pintaron sobre las rocas un sinnúmero de escenas en color rojo, que representan el arponeo y posterior arrastre de animales marinos desde balsas tripuladas por uno o más pescadores. Entre las especies reconocibles se observan cachalotes, ballenas, lobos marinos, peces-espada, peces-martillo y tortugas de gran tamaño.

Una escultura de piedra que representa este tipo de embarcación fue encontrada en Altovalsol, en la región de Coquimbo. Se trata de un navío de dos flotadores, en el que se observa a dos navegantes. Los especialistas piensan que esta obra escultórica correspondería al período Diaguita-Inca, y que se trataría de una balsa hecha con cueros de lobo marino cosidos e inflados. Los conquistadores españoles, observaron el uso de este tipo de embarcación desde Arica hasta Coquimbo. Gerónimo de Vivar, el cronista que acompañaba a Pedro de Valdivia en su incursión hacia Chile a mediados del siglo XVI, escribió: "que en los días en que no hace aire andan los lobos marinos descuidados durmiendo, y llegan seguros los indios con sus balsas, y tíranle un arpón de cobre. Y por la herida se desangra y muere. Tráenlo a tierra y lo desollan. Son muy grandes... y no usan otra pesquería, sino matar lobos y comer carne y de los cueros hacen balsas para sí y para vender".

Los restos de estas ingeniosas balsas de cuero de lobo marino o de sus remos de pala doble son escasos en el Norte Chico, donde la humedad reinante los deteriora irremediabilmente. Sin embargo, más al norte, en la árida región de Tarapacá, varios hallazgos indican que estas embarcaciones estaban en uso hacia el 1000 a 1200 d.C. Pese a esto, la hipótesis de mayor consenso entre los especialistas es aquella que sitúa el origen de estas balsas en pleno Norte Chico, donde los documentos históricos las registran ampliamente durante el siglo XVIII y XIX.

En los años cincuenta del presente siglo, aún había pescadores que conocían de estas balsas, su uso y construcción. Durante una excursión, al litoral de Atacama, el arqueólogo Hans Niemeyer conoció a Roberto Alvarez, un pescador que hasta el año 1947 había utilizado estas embarcaciones en sus faenas pesqueras. Se trataba de un verdadero hallazgo, por lo cual Niemeyer encargó de inmediato la construcción de una de estas balsas. Sería la última balsa de cuero de lobos en surcar el litoral chileno.

## ARTE

## DIAGUITA

La cultura Diaguita, que habitó el Norte Chico entre los siglos X y XVI, es bien conocida por su cerámica de variadas formas y diversos colores. La decoración de estas piezas sorprende por su abigarramiento. Se trata de diseños en rojo, blanco y negro pintados en las paredes de vasijas, con los cuales alcanzaron una regularidad tecnológica sorprendente y una complejidad conceptual de la cual hoy sólo podemos vislumbrar algunos de sus aspectos formales.

La iconografía Diaguita, especialmente durante el período previo a los incas (1475 d.C.), se caracteriza por dibujos geométricos que reproducen escasos patrones, aplicados principalmente en las paredes exteriores de las vasijas, generalmente en forma de bandas rectangulares. Dentro de este espacio, se reproducen únicamente motivos que, al no contar con ninguna referencia, llamaremos geométricos. Se trata, principalmente, de líneas, líneas con puntos, triángulos, escalerados, ganchos y espirales. Hay casos en que estas bandas dominan en los diseños pintados en platos y escudillas, pero también hay otros donde es posible identificar diseños de tipo zoomorfo o antropomorfo, cuyos elementos sugieren la construcción de un cuerpo desplegado por cortes y desplazamientos de sus partes.

Las bandas que sirven de soporte a los diseños presentan una ejemplar

regularidad. Todas ellas están delimitadas por una línea negra y rellenas de color blanco. En algunos casos forman un rectángulo que cubre toda la pared de la pieza, mientras que en otros, en especial cuando están acompañados de rostros zoomorfos o antropomorfos, se distribuyen en cuatro campos. El interior de éstos contiene diseños en color negro, aunque con algunos detalles menores de color rojo. Estos forman configuraciones cuyos patrones están presentes desde los orígenes de la cultura Diaguita, como el zig-zag y las ondas, mientras que otros -- las cadenas y algunos doble zig-zag-- sólo aparecen durante el período más clásico de esta cultura. Es durante el período Di-aguita-Inca cuando aparecen el reticulado y otros tipos de doble zig-zag.

Más allá de una primera apreciación de estos diseños, que puede inducir la sensación de uniformidad, es posible descubrir una enorme diversidad de manifestaciones. Cada configuración está organizada por varios motivos, pintados de determinado color, repetidos en una cantidad específica y relacionados espacialmente de manera muy precisa. Sin duda, las posibilidades de combinación son innumerables, pues basta con alterar levemente la forma de un solo motivo, su color o su cantidad para obtener una combinación sutilmente diferente. Prácticamente, no existen piezas con diseños iguales, aunque unas pocas fueron intencionalmente manufacturadas en parejas. En apariencia, el valor de las cerámicas de la cultura Diaguita residía en su carácter de pieza única, como si su destino y uso fuera el patrimonio de una acción individual.